

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

AMOR SALVAGE.

Anoche por el correo
con el sobre para mi,
una carta recibí
con la fecha de Borneo
que á la letra dice así:

«Amigo del alma mia:
hace un año, dia tras dia,
que á resultas de un maldito
naufragio, contento habito
entre esta gente bravía.

Sin penas ni pesadumbres
la vida alegre he pasado;
y tanto ya me han gustado
estas indianas costumbres,
que todas las he tomado.

Supongo que usted no ignora
que es la gente que aquí mora
antropófaga y feroz;
y que con salsa y arroz
miembros humanos devora.

A mí tan solo por feo
la vida me perdonaron;
y con ellos me llevaron,
que otro mas feo en Borneo
jamás ni nunca encontraron.

Así he olvidado el breva je
de tanto suspiro y dengue:

no quiero amor de merengue,
sino amor quiero salvage
aunque un hombro me derrengue.

Nada de dulces suspiros,
nada de dulces miradas,
y nada de almivaradas
señas, que en amor son tiros
de almas dulces, delicadas.

Nada del dulce embeleso
con que amor sentimental
hecho un dulce sin igual,
regala un dúlcido beso
á unos labios de coral.

Nada en fin del «¡yo te adoro!
dulce bien! dulce alegría!
dulce luz y dulce dia,
mi dulcísimo tesoro»
y demas algarabía.

Que tamaña dulcedumbre
aunque á muchos satisfaga,
en vez de mi amor ser paga,
asco me dá y pesadumbre,
me encocora y me empalaga.

Yo apetezco, aunque el dolor
me obligue á ponerme bizco,
que en vez de un beso de amor
ó un suspiro abrasador,
me regalen un pellizco.

Mas quiero en vez de mirada
dulce, tierna y abrasante,

que airada y brusca mi amante
me atize una bofetada
que hasta ampolla me levante.

Y prefiero à la tontera
de mil lánguidos abrazos,
que haga mi cara pedazos,
no ya muger, sino fiera,
à bocados y à arañazos.

¡Qué bello ver al leon,
à la pantera, à la hiena,
cuando en grotesca fruicion,
con rugidora faena
se encarecen su pasion!!

¡Qué bello oir los bramidos
de alimañas tan atroces!
¡Qué contornos tan pulidos
los de los mulos fornidos
cuando dan amantes coces!

Por tener armas iguales
à las de mulos de Almagro,
yo diera hasta dos reales;
¡pero no harán tal milagro
las deidades celestiales!...

¡Con ellas, mas obsequiante
que Amadís y Berteuebros,
pudiera à una dulce amante
largarle en un breve instante
à pares dulces requiebros!

¿Y qué corazon de firme
por mas que tuviera fama,
osaría resistirme?
¿no iria dar en la cama
como llegára à sentirme?

El mundo tomó modelo
en amor de la paloma,
y de la tórtola toma
ejemplo cuando en la loma
manda sus quejas al cielo.

Pues el mundo se engañó
que para tomar lecciones

ninguno las recibió
de él débil en sus razones,
sí del fuerte como yo.

Por eso mi mente harta
de lo que pasó hasta aquí,
trasladarlo resolví
mi pensamiento à esta carta
porque lo publique ahí.

A fin de si el mundo quiero
alistarse en mi bandera,
brillará una nueva era;
era de entusiasmo y justa
y de pasion verdadera!!»

Hasta aqui el corresponsal
cuyo pensamiento loco
es bastante original.....
Mas yo cumplo con bien poco:
con darlo, y punto final.

F. S. DEL ARCO.

ESPECTÁCULO ORIGINAL.

Ya que estamos condenados à ver cerradas durante no sabemos cuánto tiempo, las puertas del teatro Principal, se han abierto en cambio las de una accesoría situada en la calle Ancha, donde se encuentran reunidos un orgañillo, para tormento de los oídos de toda persona que no tiene las orejas de Midas, una hiena encerrada en una jaula, que no hace mas que dormir à pierna suelta ó encogida, un oso negro amarrado à una cadena, que tiene la gracia de comer pan y afrecho; unos panoramas que por no verlos se podian pagar gustoso los ocho cuartos y medio que todo quis-

que ha de dar á la entrada, y unos modelitos de la plaza principal y del palacio de la chancillería de Granada.

En honor de la verdad, estos últimos trabajos, obra de un jóven español llamado Gomez, es lo único que merece mirarse, pues están ejecutados, especialmente el segundo, con bastante propiedad, no obstante que el artista es un aficionado, y que nunca ha hecho estudio alguno ni de arquitectura ni de geometría, según nos ha confesado.

Pero los dichos panoramas son bastante indignos de ser presentados á la espectacion de un pueblo ilustrado como Cádiz. Jamás hemos visto mayores mamarrachos, así en la parte de perspectiva lineal como en la aérea. Los terrenos y planos que debieran aparecer horizontales se muestran levantados ó verticales, como si fueran edificios. Los términos no pueden estar peor entendidos, ó mejor dicho, allí no hay términos. Los objetos que debieran estar en primero se ven en algunos de aquellos cuadros mas pequeños que los que ocupan el segundo ó tercero. En suma, nada hay sugeto á regla, por consiguiente no existe ni puede existir ilusion alguna.

¡Qué diferencia se nota entre estos mal llamados panoramas y cosmogramas y los que hace algunos años vimos en la calle del Rosario; los cuales producian un efecto admirable y causaban una ilusion completa! Pero es verdad que si no se conociera lo malo, no se podría juzgar de lo bueno. Y tal vez por esta razon se hayan puesto de manifiesto los dichos panoramas, que en su género no han de encontrar por vida nuestra, otros que los igualen.

Para que se formen una idea de lo que serán los tales cosmogramas, las personas que hayan tenido la dicha de no verlos, baste decir que hablando con nosotros un marino antiguo, que se habia encontrado en el combate de Tra-

falgar, al ver uno de aquellos panoramas, que queria representar el desdichado y memorable combate, exclamó «propósito de estos barquillos, ¡qué deseo tengo de ver un panorama del combate de Trafalgar!»

Claro es que no habia leído todavia el letrado que así lo explicaba. Tan ageno estaba que aquel cuadro pudiera representar lo que él pensaba.

NENA, LA BAILARINA.

El público madrileño acaba de aplaudir extraordinariamente en el teatro de la Cruz á la acreditada bailarina, conocida por el sobrenombre de *Nena*; y en verdad que doña Manuela Perca merece un puesto entre las notabilidades coreográficas del estrangero. Cuando en 1843 trabajó en uno de los coliseos de Londres, alcanzó grandes distinciones, y que la prensa toda de aquella vasta capital la celebrara. Entre las composiciones que entónces se publicaron, se cuenta la del ilustre Lord Francis Egerton, que los redactores del *Teatro*, periódico de Madrid, han traducido ahora, á propósito de la presentacion de dicha bailarina, y cuya traduccion insertamos nosotros con gusto, en obsequio al mérito de nuestra paisana.

Dice así:

Aun una vez mas se balancea mi áncora sobre el piélago salado; ¿pero hácia qué costa surco del Oceano?— Sevilla! flor de las comarcas de España, una hoja del album de la memoria será tuya.

Y tú, dulce Nena, cuando yo trace esta página, con infinitos contornos de fantástica gracia, con moriscos arcos y alicatados adornos, vendrás á ocupar tu lugar con tu rostro hermoso y acabada gentileza.

Si los antiguos sábios dieron con razon al baile el nombre de poesia del movimiento, no quiero yo otra Lesbos que Sevilla, ni mas her-

mosa Sapho que tú, bellísima niña.

Aun no ha tocado el tiempo hora alguna para tu oído juvenil, que no fuera la alegre guitarra ó la traviesa castañuela; ni al aliento de ningún amante se ha estremecido el cándido jazmín, que cubre tus trenzas de azabache andaluz.

¡Oh! pueda algún silfo celestial guardar todavía esa flor, y, con la lanza de Ithurial negar la entrada del oído virginal á todo lo que no sea verdadero y honrado amor.

Así como España no es lo que era, así tú no eres lo que podrias ser. Esos ojos, mitad rocío y mitad fuego, no pueden provocar sino algún tono músico mas dulce, ó inspirar la musa de algún peregrino desconocido como yo.

Pero fué un tiempo en que encantos como los tuyos hubieran levantado el corazón no á coronas pasajeras, sino á heroicos triunfos de guerra.

Y cuando una mirada de aprobacion, como las tuyas, le esperaban á uno á la vuelta; muchas ciudades han sido puestas á saco y muchos Emires han muerto. Y á pies, acaso menos pulidos y ligeros que los de la Nena, han pasado los despojos de los vencidos infelices.

LA COPA DE ROM.

I.

UN MISTERIO.

En un café de Roma se hallaban, al ocultarse el sol de un día de mayo de 1800, varios jóvenes descendientes de las casas mas nobles de Italia, y conversaban acerca de la nueva guerra entablada con Napoleon, con este hombre conquistador del mundo y que al fin encontró un escollo con que estrellarse, y al mis-

mo tiempo acompañaban sus palabras con sendas copas de rom.

Un joven francés estaba con ellos, sin tomar parte en la conversacion, pues sus amigos, sin cuidarse de él, hablaban, como era natural en el asunto que trataban, en contra de la Francia. De vez en cuando se marcaban algunas arrugas en la frente del francés, y otras chispeaban sus ojos, haciendo un movimiento involuntario en la silla. Luigi, teniente de artilleria, era amigo íntimo de aquel, y conociendo que aquella discusion podia tener reñer resultados muy serios, llenó las copas y dijo á sus amigos para distraerlos:

—¡Por Cristo que este rom es mas fuerte que nuestras cabezas! ¡Bebamos!

—Bebamos! exclamaron todos apurando sus copas.

El francés no habia tocado la suya.

—Mr. Eugenio, ¿no bebes? le preguntaron.

—Gracias, contestó.

Luigi hizo una seña á sus amigos para que callaran, y dirigiéndose á uno le preguntó:

—Conque, Cafarolli, ¿qué día has fijado para tu enlace?

—Pasado mañana, os convido á todos.

—Aceptamos.

—¡Por la linda Isabella! dijo uno de ellos tomando su copa.

Todos brindaron por la futura esposa de Cafarolli. Esta vez el francés habia tomado su copa para brindar tambien; pero el nombre de Isabella hizo temblar su mano y derramó el rom en el frac del que estaba á su lado.

—¡Voto á Dios! ¿Qué haceis, Mr. Eugenio? ¿estais borracho?

—Perdonad, contestó entre dientes.

Ninguno hizo caso de este suceso: solo uno le miró con la atencion que un juez examina al delincuente para leer en su rostro la causa de su turbacion. Mr. Eugenio bajó la vista, y una seña de su amigo Luigi le dió á conocer el partido que debia seguir.

El francés se levantó, y haciendo un ligero saludo salió del café. El golpe que dió la puerta al cerrarse, sacó de su éxtasis á Cafarolli que se precipitó hácia ella.

Sus amigos conocieron la causa de este movimiento y se opusieron á que saliera.

—¿Adónde vas, Cafarolli?

—A buscar á ese hombre.

—Y para qué?

—Para ventilar un asunto de interés; dejadme.

—No : no irás, repuso Luigi deteniéndole, porque vas á desafiarme.

—¿Y qué importa? ¿es un francés!

—Esa es la causa, dirían que le habíamos asesinado, y ningún buen italiano sabe asesinar.

—Dejadme salir; yo sabré esta noche la causa de su turbación, ó mañana uno de los dos cesaremos de existir.

Cafarolli quiso ir á buscar á Mr. Eugenio; pero viendo que no podía oponerse, cedió murmurando:

—Otro día será!

Los jóvenes abandonaron el café cuando daban las ocho en la basilica de San-Pedro.

II.

LA TABERNA.

Dos noches despues, se dirigia Cafarolli á casa de Isabella, meditabundo y pensando en su boda que debia efectuarse el siguiente dia, cuando oyó que le llamaban por su nombre. Volvióse y al ver á un hombre de mal aspecto, embozado hasta los ojos, le preguntó:

—¿Qué quereis?

—Tenemos que hablar.

—No creo que medio ningún asunto entre nosotros; con que así dejadme pasar, ó vive Dios!...

—El os guie, dijo el embozado apartándose, mas perdereis que yo.

Un movimiento le hizo acercarse á aquel hombre conociendo que lo necesitaba, y preguntarle:

—Vámos, ¿qué quereis? repito; despachaos.

—No tengo prisa, señor, podeis marcharos porque sois dueño de vuestra voluntad; pero quizá os acordeis algun dia.

Despertóse la curiosidad de Cafarolli y se dispuso á seguir á aquel hombre á cualquier parte.

—Si quereis, dijo el embozado, venid, y en esta taberna podremos hablar sin que nadie nos incomode.

Cafarolli sin decir una palabra entró delante y se sentó junto á una mesa. El desconoci-

do se desembozó y acercando una luz á su rostro le preguntó:

—¿Sabeis ya quién soy?

—Tomaso.

—Silencio: las parades oyen, y en este negocio media vuestro honor.

—Habla.

—No ignorais que hace tiempo sirvo en casa de la señora Ferranti, y que he sido siempre vuestro confidente. Pues bien....

—Acaba.

—Anoche me entregó un hombre una carta para vuestra futura esposa....

—Y esa carta?

—Está aquí.

—Ah! dámela!

—Poco á poco. Os la daré con una condicion.

—Cuál?

—Me habeis de entregar quinientos escudos romanos.

—Bien: mil si quieros, pero esa corta....

—Despacio. Me firmareis la promesa que acabais de hacerme.

—Venga esa carta, ó....

—No os acaloreis, firmad, le dijo presentándole un papel en que hacia una promesa de dos mil escudos.

—Ya está.

—Tomad la carta.

Cafarolli la abrió y cuando hubo acabado de leerla, pegó un fuerte pañetazo en la mesa, que hizo estremecer á Tomaso, y exclamó:

—El! era él! venganza!

—Sosegaos, señor!

—Y cuando te dió esta carta?

—Anoche; despues sé que ha salido de Italia.

—Sí! ¡infame! la dice que aunque la deja deshonrada, pronto tendrá un marido que encubrirá su honor, y que vá á unirse á las banderas de Francia para lidiar contra la Italia. Pues bien: yo sabré tambien lidiar contra la Francia y contra un enemigo personal. Vámos, Tomaso.

Y los dos salieron de la taberna.

III.

ISABELLA.

La señora Ferranti reunia en su casa la

nobleza de la capital de Italia. Tenia una hija de diez y siete años, y esta seria probablemente la causa de esta reunion. Isabella era una niña angelical, sus ojos ardientes herian el corazon del que la miraba por primera vez, y su seductora voz en el canto deleitaba á los jóvenes que la escuchaban entusiasmados. Era una verdadera artista.

Cafarolli se habia enamorado de Isabella: esta le habia entregado su corazon y debia entregarle muy pronto su mano; Cafarolli la amaba con el ardor con que se ama á los veinte años.

Isabella era lo que se llama una coqueta. Correspondia á Cafarolli, porque este en el delirio de su pasion la pintaba su amor acompañado de palabras que alagaban su oido; pero Cafarolli no veia esto porque la adoraba. ¡Es verdad que era tan linda!

La noche antes de su enlace esperaba Isabella al hombre que debia ser su esposo, con aquella alegría que es natural en una desposada.

Con todo, miraba á cada uno que entraba en la sala, experimentando una lucha interior, cuya causa no es fácil comprender; porque cuando su boca decia: «Si será Cafarolli!» su corazon exclamaba: «Si será Eugenio!»

Dieron las diez y ninguno de los dos llegaba. La falta de Mr. Eugenio no se estrañaba, porque M. Eugenio solo ocupaba un lugar en el corazon de una muger; y sin embargo esta muger habia entregado su corazon á otro hombre!

Cafarolli era el nombre que corria de boca en boca, aguardándolo todos impacientes.

A un extremo de la sala están varios jóvenes que ya conocemos, y uno de ellos dijo á otro, al mismo tiempo que la puerta se cerraba detrás de un nuevo personaje:

—No es él! Sabes, Luigi, que es muy estraña la tardanza de Cafarolli.

—Mr. Eugenio, dijo otro, tampoco ha venido esta noche, y temo que se hayan encontrado....

—Tienes razon: la otra noche juró matarle.

—Eugenio se ha marchado á Francia, repuso Luigi.

—¿Á Francia? preguntaron todos admirados.

—Sí, á Francia.... y lo siento, porque era un buen amigo.

—Entonces, Cafarolli no ha podido batirse con M. Eugenio, y otra es la causa de su ausencia.

—Es preciso saberla, dijo Luigi levantándose; iremos á buscarlo.

Despidiérouse los jóvenes y recorrieron los sitios donde solia asistir Cafarolli; pero dieron las doce de la noche y volvieron sin haber tenido la menor noticia.

En los salones de la señora Ferranti reinaba la mayor consternacion.

(Concluid en el próximo número.)

CIRCO.

No pasa dia en que no oigamos á muchos de los asiduos concurrentes del Circo quejarse, y con sobrado motivo, del desorden que suele reinaren aquel coliseo, llegando hasta el punto de silvar y gritar fueros cuantos mozalvetes mal avenidos con el decoro, como si estuvieran en una plaza de toros ó en un roñidero de gallos. Asimismo disgusta en sumo grado á las personas, que van al teatro en busca de un placer y no de una molestia, se fume como en un café, formándose una atmosfera cargada que todo se respira menos oxigeno.

La empresa debiera evitar estos males, si no quiere que cunda mas el descontento entre los aficionados al Circo, y seguramente lo evitara recurriendo á la autoridad que preside las funciones, para hacer que se observen el orden y compostura propios de un pueblo culto. Nosotros nos atrevemos á afirmar que si esto se logra como es justo, acudirán al Circo, ahora que está cerrado el teatro Principal, muchas personas escogidas que se retraen de asistir por no sufrir estas y otras muchas incomodidades, que jamas debieron tolerarse,

y que van tomando cuerpo de día en día.

LAS BABUCHAS DE ABD-EL-KASEM.

Existía en tiempos pasados en Oran un hombre llamado Abd-el-kasem, que era tan avaro como rico, y tan rico como avaro. Con esto ya no hay necesidad de añadir que la miseria de este hombre se hacia estensiva á las cosas mas pequeñas, y que se privaba, como todos los de su especie, hasta de lo necesario. Tenia, entre otros objetos de su uso personal, unas babuchas, tan viejas y tan repetidamente remendadas, que daba grima de ver los pies de tan honorable musulman caminar encerrados en semejante calzado. No es esto todo; se hallaban tan claveteadas de tachuelas, tan reforzadas de herraduras las suelas de las susodichas babuchas, que debian haberse convertido, para su dueño, en una carga de las mas incómodas. No hubo de necesitarse mas para que se hiciese proverbial tan memorable calzado: así que no se juraba en Oran sino por *las babuchas de Abd-el-Kasem*.

Empero, acaeció un día que nuestro avaro se fué al baño con otro musulman, uno de sus mayores amigos, á quien, queriendo jugar una burla á su compañero, le ocurriera cambiar de sitio las babuchas de Abd-el-Kasem con las del cadí, que estaba bañándose en el propio sitio. El cadí, hallando, al salir del baño, en lugar de sus ricas babuchas de tafílete amarillo, el calzado demasiado conocido de Abd-el-Kasem, no dudo ni un momento en que hubiese sido este el que hubiese cometido por codicia semejante robo. El magistrado furioso, hizo que corrieran inmediatamente en pos del avaro que iba alejándose muy tranquilo, contentísimo con su buena fortuna. Se apoderaron de él, y apesar de sus gritos lo condujeron hasta el pretorio. El desgraciado se apresuró á protestar de su inocencia y á devolverle las babuchas al cadí; pero éste le hizo administrar, sin perder ripio, cincuenta palos en

las plantas de los piés, con el fin de enseñarlo á que no equivocase otra vez de calzado, condenándolo ademas á una multa de diez duros, en beneficio de los pobres, despues de lo cual lo despidió diciéndole:

—Dá gracias á Allah y á su profeta de haber librado tan bien.... y acuérdate de que hay cuatro cosas que pierden al hombre: la avaricia, la concupiscencia, la cólera y la vanidad.

Al volver á su casa, cuyas ventanas daban al mar, lo primero que hizo Abd-el-Kasem fué arrojar al mar las malhadadas babuchas que le habian valido semejante correccion. Pero hizo la fatalidad que fuesen á caer cerca de la barca de un pobre pescador, y que se detuviesen en su red; cuyas mallas rompieron en mas de un sitio. El pescador al despertarse experimentó una singular alegría al ver que su red pesaba mas que de ordinario; por tal causa tomó todas las precauciones imaginables para asegurar el éxito de pesca tan milagrosa. Pero, ¿cuál no fué su sorpresa y su desaliento cuando halló en lugar de la abundante pesca que esperaba, las despreciables babuchas, cuyo dueño no le era seguramente desconocido! En su despecho, y para vengarse por lo pronto del desperfecto causado en sus útiles, lanzó con toda su fuerza las babuchas de Abd-el-Kasem contra las ventanas de éste, corriendo en seguida á dar queja de aquello al cadí.

Grande fué el asombro de nuestro avaro al volver á hallar sus babuchas; pero lo fué mucho mas grande aun cuando se presentaron en su casa, á nombre del juez, para prenderlo y conducirlo de nuevo al pretorio. Esta vez fué condenado á una multa de veinte duros, la mitad aplicada al demandante, y la otra á un sermón sobre el desprecio hácia las riquezas. El cadí, amonestándolo, concluyó su arenga con estas palabras:

—Dá gracias á Allah y á su profeta, porque escapas tan bien.... y acuérdate que el avaro no saca mas provecho de sus riquezas que si tuviese piedras en sus cofres, y que el rico que no es generoso se asemeja á un árbol que no dá fruto.

Abd-el-Kasem, pensando en desembarazarse para siempre de un calzado que acababa de serle tan funesto, concibió el proyecto de esconderlo en las entrañas de la tierra. Favorecido por una noche oscura, fué con tal idea

á enterrar sus babuchas en un jardín contiguo á su habitacion. Pero no era tan oscura la noche que el dueño del jardín, oculto detrás de un naranjo, no pudiese, auxiliado por el resplandor de las estrellas, apercibirse de lejos de las maniobras subterráneas del enterrador, á quien hubo de tomar cuando menos por un hechicero; por lo cual se apresuró á prestar al cadí declaracion de cuanto habia visto.

El magistrado ordenó que se personáran inmediatamente en los lugares; se hicieron escavaciones, é inmediatamente se descubrió, con asombro general, que eran las sórdidas babuchas de Abd-el-Kassem. Nuestro avaro fué conducido por tercera vez al pretorio del cadí, que le condenó por violacion de domicilio á treinta duros de multa, y por añadidura al vapuleo; despues lo despidió diciéndole por vía de consuelo:

—Bendice á Allah y á su profeta de librar á este precio.... y no olvides que el avaro camina derecho á la indigencia; lleva una vida de pobre aquí abajo, pero en el día del juicio habrán de tomarlo una cuenta de rico.

Este último golpe colmó de desesperacion el alma de Abd-el-Kassem, haciéndole casi sucumbir al dolor; pero en lugar de considerar este concurso de estraños incidentes como un aviso del cielo, persistió en su ceguera, y se hizo, si cabe, mas duro y mas avaro que antes.

Despues de todo lo que hubo acaecido, habia arrojado las malditas babuchas á un rincon, en el tejado de su casa. Pero el diablo, que nunca se duerme, se aprovechó de esta nueva ocasion para consumir la pérdida de nuestro hombre. Un mono, atado á la azotea de una casa vecina, se apercibió de cuanto habia pasado. El perverso animal, corrió en busca de las babuchas, las cogió, dió con ellas mil cabriolas é hizo mil locuras, tantas y tan bien hechas, que aquella masa informe vino á caer desde el tejado de la casa á la calle sobre la cabeza de un transeunte, lo echó por tierra, y con la fuerza del golpe, lo mató. La familia del difunto hizo proceder jurídicamente contra el dueño del fatal calzado, que se reconoció sin gran trabajo, y Abd-el-Kassem se vió condenado sin apelacion á la reclusion por el resto de sus días, y á la confiscacion de todos sus bienes, parte de los que le fueron entregados á la familia del difunto. El cadí,

despues de haberle leído la sentencia, añadió:

—¡Estaba escrito!... Estas babuchas, que van á ser quemadas por manos del verdugo, debian convertirse en el instrumento de tu ruina, con el fin de justificar estas palabras del sabio: «Ponemos todo nuestro cuidado en amontonar riquezas en tanto que la muerte se halla mas cercana á nosotros que la costura de nuestros zapatos!...» Glorifica á Allah, señor de dos mundos, y á Mahoma su profeta, que quiera conservarte la vida... y acuérdate de que la avaricia es el castigo del rico; de que la muerte es un trago que deben beber todos los hombres, y de que el sepulcro es una puerta por la que todos tenemos que pasar.

ANECDOTA.

Buscaba un andaluz un caballo y le tragaron uno por el cual podian veinte y cinco pesos.—«Os daré quince de contado, dijo al vendedor, y os quedaré debiendo lo demas.»—«Está bien, respondió esto.—Pasado algun tiempo fué á cobrarle los diez pesos.—Acuérdese usted, camarada, de nuestras condiciones, lo advirtió el comprador. Dijo que quedaria debiendo lo demas, y no lo deberé en cuanto os pague.»

EPIGRAMA.

Una carta escribió Antonio
Diciéndole á Juan su amigo:
«El portador es testigo
Que me ha llevado el demonio.»
Anda en pleito ó es soldado,
Dijo Juan al portador:
Y el contestó: «No señor,
Vuestro amigo se ha casado.»